

CAPITULO V.

En el que sigue la santidad de Pomposa, y su heroica resolucion de ser ermitaña.

Habia dado Pomposa en que era santa, y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba mas cada dia: nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le habia de hacer en el desierto, se empeñaba en eludir sus buenas intenciones; y así resuelta á vencer al enemigo á toda costa, se decia: ¿Qué te detiene, Pomposa, qué te asusta, qué te acobarda para no caminar por donde las delicadas Rosalías y Genovevas? El enemigo de las almas se opone á tus santas intenciones, es verdad; pero no sabes que, como dice S. Pedro, el demonio es un leon que ruje y da vueltas al rededor de nosotros buscando á quien tragarse, si no se le resiste con la fe. ¿Pues á qué esperas, desgraciada? Resistencia, resistencia es lo que ahora conviene, y no otra cosa.

¿Qué me detiene para ser ermitaña? To-

do lo tengo: cilicios, disciplinas, cerdas, Cristo, novenas, libros devotos, ampollita y calavera. Estoy prevenida de todo como las vírgenes prudentes, *estote parata*, pues ¿qué hago aquí envuelta en las delicias del siglo, y expuesta á mancillar mi virtud en medio de los peligros de este mundo falaz y lisonjero? No, ya no mas dilacion, ya no mas temores, ya no mas debilidad; esto es hecho: el sacrificio prometido á mi Esposo, es necesario consumarlo: él no será mas terrible que el de Isaac, ni mas funesto que el de Jepté. Yo me voy al desierto en esta misma noche. Adios, mundo engañoso y miserable; adios placeres venenosos, gustos acibarados, compañías y amistades perniciosas, adios para siempre.

Dicho esto, tomó la pluma, escribió un papel, y lo dejó sobre su almohada. Todo lo tenia listo; pero le acongojaba sobremanera acordarse que le faltaba saco, porque le parecia cosa muy extraña vivir en los páramos con túnico de moda; pero como no hay dificultad que no se venza en estos casos, se acordó de una carpeta vieja verde que estaba arrinconada en un ropero: inmediatamente la marcó por saco,

y diciendo y haciendo, se encerró en su cuarto, y del modo que pudo hizo un túnico bastante pesado y ridículo: previno su cajita, y á la noche, aprovechando un descuido de su madre y de las criadas, se desnudó de su ordinaria ropa, la dobló y la dejó sobre la cama, se vistió el saco verde, se soltó el pelo, se puso al cuello un crucifijo y en la cabeza una corona de flores de papel, tomó su cajita bajo del brazo, y se marchó para la calle con tan buena suerte que de ninguno de su casa fué sentida.

Por fortuna la noche estaba oscura, los faroles unos opacos y otros apagados, y las calles inmediatas á su casa poco transitadas de gente, con lo que le fué fácil alejarse lo bastante hasta llegar á la pulqueria que llaman *de los toquitos*: allí se ocultó mientras entraba mas la noche, y cuando ya serian como las once de ella, y no habia por las calles sino tal cual patrulla y uno que otro guarda en su puesto, llena de miedo siguió su camino hácia la garita de S. Cosme: salió por ella quién sabe como; pero al fin, despues de caminar toda la noche, aquí cayendo y allí levantando, llegó al bosque de Chapultepec,

y fatigada de tanto andar, se tiró al pié de un árbol, y allí sola, triste, cansada, muerta de hambre, y llena del pavor que le infundia la lóbrega perspectiva del campo á tales horas, se entregó á las mas melancólicas meditaciones. Allí lloró y maldijo mil veces su inconsideracion: allí se arrepintió de su imprudencia: allí propuso volverse á otro dia á la casa paterna como otro pródigo; pero allí tambien reprendió su cobardía y falta de firmeza: allí atribuyó al demonio los efectos de la naturaleza: allí se avergonzó de su inconstancia, y allí por último, determinó morir entre las fieras del campo, ántes que dar que decir á los que sabian que ya á aquella hora era ermitaña, y verdadera sierva de Dios.

Absorta con estas imaginaciones, el fuerte sueño se apoderó de sus miembros; y contra su voluntad se quedó dormida. Pero dejémosla en esta violenta quietud, mientras volvemos á la casa de sus padres, y los vemos envueltos en la mayor aflicción, buscando á su hija, la que creció cuando despues de registrar su cuarto, solo hallaron toda su ropa bien doblada, el ropero intacto, y una carta sobre la almohada que decia:

Tom. IV.

Padres y señores míos: vuestra hija se aparta de vosotros para seguir al Crucificado: mi vocacion es de ermitaña; yo debo seguirla. Sé que con esto os desagrado; pero ¿qué importa si con esto agrado á mi Esposo? Direis que os desprecio; mas no importa que lo digais, si es por esta causa: escrito está que el que no desprecia ó aborrece á su padre y á su madre por el Señor, no será digno de él; y así yo, sin aborreceros ni despreciaros, os dejo, os olvido, y os abandono. Con el espíritu con que el casto José dejó la capa en manos de su corrompida seductora, así os dejo. Adios, padres míos: obrad con justicia hasta la celeste Sion, donde nos daremos el osculo sagrado de la paz. Su amante hija

Pomposa Langaruto.

El prudente lector considerará cuál sería el sentimiento de los padres de esta niña, cuáles sus temores y cuántas las diligencias que harían por su hallazgo; pero todo fué en vano, pues aunque los criados corrieron por las calles de la ciudad, aunque los mismos viejos anduvieron por las casas de sus conocimientos, y empeñaron á los guardas con promesas, todo fue inútil: Pomposita dormía tranquila-

mente en medio del bosque y sobre la dura tierra, lo mismo que en su casa y sobre una mullida cama. Tanta es la fuerza del sueño en una jóven.

Aun siguiera durmiendo, si no se levantara por su desgracia una violenta tempestad, á cuyos repetidos truenos despertó nuestra devota ermitaña con bastante susto, el que se aumentaba á proporcion que menudeaban los relámpagos mezclados con algunos rayos, que en aquellos bosques resonaban terriblemente.

Mas hasta aquí solo el ruido infundia pavor á Pomposita; pero cuando siguió un fuertísimo aguacero y no tenia donde refugiarse, decayó su ánimo en la mas funesta languidez.

Sin embargo, su locura la sugirió recursos para sostenerse en medio de su temor. Creyó que su virtud era bastante para hacer que la tempestad se serenara; y así abriendo su caja, sacó sus cilicios y una disciplina de pita: se puso aquellos muy poco apretados porque no se reventaran las cintas, y se dió unos cuantos disciplinazos suavemente y sobre el saco verde, que no se quitó por la honestidad tan necesaria en aquel lugar y á tales horas.

Su fervorosa penitencia fué tan eficaz, en su concepto, que á poco rato se despejó el cielo de nubes, cesó la tempestad, y volvieron á parecer las estrellas aun con mas brillantez que al principio de la noche. Entónces, delirando con mayor vehemencia, atribuyó el natural desahogo de las nubes á un milagro patente, hecho por los influjos de su espantosa penitencia, y despues que cantó no sé qué cosa en accion de gracias al Criador, se postro sobre la cajita con intencion de orar, por si experimentaba algunos éxtasis ó deliquios divinos.

Pero estando en esta postura, cuando hacia su composicion de lugar, oyó.... ¡Válgame Dios y lo que oyó! oyó que la calavera que estaba en la cajita se movia palpablemente, segun su frase, y no solo se movia, sino que chillaba de cuando en cuando.

El cabello se le erizó á nuestra nueva visionaria: la sangre se heló y circulaba en sus venas con mucha lentitud: sus miembros se laxaron: faltó en sus piernas la firmeza para sostener su máquina desfallecida, y repitiendo la calavera sus vueltas y chillidos, se abatió su espíritu del

todo, y cayó al suelo privada de sentido.

Así permaneció hasta las cinco de la mañana, hora en que pasó junto á ella un indio carbonero, acompañado de un muchacho y con una mula cargada de carbon que llevaban á vender á Megico. Al ver á la aturdida ermitaña tirada en el suelo, empapada, con su saco verde, el pelo suelto y la disciplina en la mano, se sorprendieron, creyendo que estaba muerta, y ya trataban de pasarse de largo; pero la buena fisonomía de Pomposa obligó al indio viejo á verla de cerca, y entónces, advirtiendo que respiraba, se compadeció de ella, y apretándola el estómago lo mejor lo que pudo, la hizo volver en sí.

Apénas abrió los ojos Pomposita, cuando, creyendo que los dos tiznados carboneros eran algunos ángeles que habian bajado de los cielos á socorrerla, clavó la vista en la tierra, se arrodilló, cruzó las manos sobre el pecho, y con una voz muy descaecida les decia: Paraninfos sagrados, soberanas inteligencias, que en alas de los mansos cefirillos habeis descendido del Olimpo para restituirme á la tranquilidad antigua: yo me postro ante vuestra faz resplandeciente, os doy gracias, y os suplico

no me desampareis en mi corta peregrinacion, pues temo que en estos páramos me sorprenda la muerte cuando ménos lo piense, como asalta el facineroso ladron á los descuidados caminantes.

El pobre indio que no entendió de estos despropósitos sino las últimas palabras de ladron, muerte y caminantes, creyó que nuestra beata ó habia perdido el juicio ó pensaba que él era ladron que la queria matar, y que por esto se habia hincado á suplicarle que la dejase viva; y así para satisfacerla le decia: *Amo lagron, magre, amo lagron*: que era decirle en un mal castellano y megicano: no soy ladron, madre, no soy ladron. Pero como Pomposa no sabia que *amo* en idioma megicano quiere decir *no*, creyó que el carbonero decia que amaba á los ladrones, y arrebatada de su ardiente caridad despues de haber vuelto en sí de su primer adisparatado juicio, y conociendo que eran carboneros los que le parecieron ángeles, les decia: No, hijos, no ameis á los ladrones, porque os pervertireis y sereis unos de ellos: *cum perverso perverteris*.

Los indios al oir esta gerga, se acabaron de persuadir á que la tal niña estaba

loca, y así trataron de llevarla á su casa, que estaba á la salida del bosque, lo que no les fué difícil conseguir.

En el jacal ó triste choza del indio estaba su muger haciendo el desayuno que acostumbran, cuando entró el carbonero, su hijo y la ridícula ermitaña. La india, luego que la vió, quiso correr, pensando que era muerta, fantasma ó cosa mala; pero su marido la contuvo, diciéndole en su idioma que no temiera, que aquella pobre muchacha era una loquita que habia encontrado en el camino, que la cuidara, pues no se quedarían sin premio, respecto á que en aquella caja algo tenia: con esto se sosegó la india, y la comenzó á agasajar en cuanto pudo.

Lo primero que hizo fué desnudarla de la ropa mojada, vestirla un quesquemel y huepile de su uso que estaban llenos de mugre y hechos pedazos; pero por fin estaban secos. Ya se deja entender qué figura haria Pomposa tan extraña hasta á sus mismos ojos, mas la necesidad á todo nos sujeta.

Luego que estuvo vestida de india, y su ropa puesta á asolear, se sentó con los carboneros y su patrona junto al tle-

cuile, y recibió de may buena gana un jarro de atole y dos tortillas que le dieron, lo que depositó en su estómago sin ningún asco. Tal era el hambre que tenia.

Pero no tuvo igual conformidad para sobrellevar el nuevo trage mucho tiempo; porque cada rato se rascaba no sin motivo, y sacaba la mano habilitada de lo que no quisiera. Tanta guerra le dieron las imprudentes sabandijas, que apenas se medio secó su poca ropa, cuando se la puso húmeda, y se acostó á dormir en un rincón. Los carboneros se fueron á vender su carbon, y la india se puso á tejer un ceñidor.

Miéntas esto pasaba en el jacal, Doña Eufrosina estaba como se puede considerar con la pérdida de su hija. En toda la noche no durmió, y luego que sahó el sol tomó la pluma y escribió una porcion de rotulones.

Ya los iba á mandar poner en las esquinias, cuando entró el coronel y leyó que decian así ni mas ni ménos: *Quién hubiere hallado una niña bonita como de quince años, que se extravió anoche como á las diez de su casa, y se fué en camisa y naguas blancas, ocurra á entregarla á mi casa, y le daré un buen hallazgo.*

El coronel embarazó que se fijaran unos rotulones tan ridículos que podian interpretar los maliciosos contra el honor de su sobrina: consoló á su cuñada y le dictó las mejores providencias para buscarla.

Entre tanto nuestra visionaria, á causa del aguacero que habia recibido y de la humedad que absorvió su cuerpo con la ropa mojada, se enfermó de fiebre gravemente. Ese dia no comió, á la noche se le encendió la calentura en términos que deliraba. Los indios se compadecian de ella; pero en medio de su lástima abrieron la cajita, pensando hallar alguna cosa de provecho; pero los infelices se consternaron mucho al ver lo despreciable que encerraba, y se llenaron de risa al ver que saltó por encima de todos un raton: este vicho era el que por un agujero que tenia la caja vieja se metió en ella, de esta se pasó á la calavera donde chillaba y la movia, y así causó tal espantó á Pomposita. Este fué el parto de la calavera como en otro tiempo el de los montes, un ridículo raton. Casi todos los espantos tienen iguales principios.

Los indios socorrieron á su peregrina segun pudieron esa nóche, pues no por-

que eran indios les faltaban los sentimientos de caridad.

Al dia siguiente, por una dicha de Pomposa, llamaron de la casa de Doña Eufrosina al piadoso carbonero, y este, por un efecto de comedimiento, les preguntó qué remedio seria bueno para una niña de razon (*) que estaba loca y con calentura.

La novedad de la pregunta excitó la curiosidad de Eufrosina para indagar del carbonero tantas cosas, que al fin averiguó que la enferma era su hija.

Entónces hizo poner el coche, se fué con el carbonero para Chapultepec, y encontró á su hija, como se dirá en el capítulo que sigue.

CAPITULO VI.

Hallazgo de la ermitaña Quijotita, y peregrino desenlace de su santidad y la de su madre.

Entre contenta y asustada subió al coche Doña Eufrosina con su marido, cre-

[*] Así distinguen muchos injustamente á los indios de los españoles, llamando á estos gente de razon, como si aquellos no la tuvieran.

yendo hallar á su hija verdaderamente loca, segun lo que le habia contado el carbonero.

Luego que llegaron á la miserable choza de este, se apearon y entraron á buscarla.

No es menester ponderar cuál seria el sentimiento de ambos al verla con su saco verde, tirada en un petate ardiendo en calentura y delirando. Los gritos, llanto y exclamaciones de su madre eran tales, que los pobres indios se enternecieron, y tambien comenzaron á llorar.

Finalmente, la abrigaron, la subieron al coche, dieron una buena gala á los indios, y poco á poco la condujeron á su casa.

Sin pérdida de tiempo vino el médico, y se trató de curarla con el mayor esmero.

Por fortuna se comenzó á restablecer hasta que quedó fuera de riesgo, aunque demasiado triste y débil.

Doña Eufrosina, para que su hija no pensara otra vez en ser ermitaña, tiró á la calle los cilicios, cerdas, saco, disciplina, calavera, y hasta la caja.

No solo esto hizo, sino que para quitarle toda ocasion de que volviese á prevaricar con la virtud, que de esta frase